

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

<b>PRÓLOGO</b>	
<b>UNA PAZ ESQUIVA</b>	<b>VII</b>
<b>LOS SOBERANOS</b>	<b>1</b>
<i>Patricia Nieto</i>	
<b>VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA</b>	<b>19</b>
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
<b>LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO</b>	<b>33</b>
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
<b>EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN</b>	<b>53</b>
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
<b>MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO</b>	<b>67</b>
<i>José Alejandro Castaño</i>	
<b>BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE</b>	<b>79</b>
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
<b>LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO</b>	<b>89</b>
<i>José Navia</i>	
<b>UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO</b>	<b>103</b>
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
<b>MADRES CORAJE</b>	<b>115</b>
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

---

NELSON FREDY PADILLA CASTRO\*

El proyecto Nasa, de los indígenas paeces del Cauca, ha sido un ejemplo de resistencia civil en medio de un conflicto armado que no da tregua. En sus territorios han construido un proyecto de vida basado en la educación, la preservación de su cultura, la economía comunitaria y la democracia. Por eso fueron reconocidos en el año 2000 con el Premio Nacional de Paz.

---

\* Periodista y escritor. Ha trabajado en las revistas *Cambio* y *Cromos*, de la cual también fue jefe de redacción. Actualmente es editor de domingo de *El Espectador*. Sus reportajes y crónicas han sido premiados tres veces en España: recibió el premio Ortega y Gasset en 2000, el premio Don Quijote en 2006 y el premio Miguel Hernández en 2009; también ganó el premio Simón Bolívar en el 2010. Fue finalista del premio iberoamericano Crónicas Planeta/Seix Barral con el libro *La vida es una apuesta*. Tiene un libro de cuentos titulado *Fallas de origen* y trabaja en su primera novela.



**M**ás allá de nuestras ciudades, de lo que llamamos “la civilización”, más allá de Cali y de los cañaduzales del Valle del Cauca, en las estribaciones de la Cordillera Central, el mundo cambia si te dejas guiar por una mano cobriza que se extiende para invitarte a conocer la madre tierra de los indios paeces.

En el año 2000 viajé por primera vez al Proyecto Nasa, atraído porque acababa de recibir el Premio Nacional de Paz. En aquella ocasión hablé con los jurados, que estaban felices de hacer público un fallo unánime para exaltar a un pueblo indígena que iba rumbo a la autosuficiencia en todos los campos y capaz de oponerse a la guerra a través de métodos pacíficos. Para un periodista era difícil resistirse a la aventura de conocer a los Nasa.

Recuerdo la emoción de la mezzosoprano Martha Senn, presidente del jurado, cuando me hablaba de las maravillas culturales de aquella comunidad y de su gran corazón. Si te has presentado con ellos, si han visto en tu mirada y en tus actitudes la sinceridad, los paeces saldrán a recibirte a Santander de Quilichao, la ciudad más cercana a sus históricas raíces y su centro de operaciones administrativas. Desde allí, emprendí el viaje hacia Nasa Kiwe, la madre tierra, en una chiva repleta de nativos, mercados y alegría. Los indígenas colgaban de las ventanas de madera y se apilaron sobre el techo como racimos de plátano.

Camino al norte del departamento del Cauca, la imagen de edén que tenía en mi cabeza se desdibujaba a medida que aparecían, en las vallas de orientación vial y en las de las tiendas de vereda, consignas de victoria de la guerrilla de las Farc y las primeras amenazas

de los grupos paramilitares, ya patrocinados los dos, a conveniencia, por narcotraficantes y terratenientes.

Desde que traspasamos las talanqueras de la guardia indígena –cuyo proceso de formación pude conocer tiempo después en Caloto, gracias a la hospitalidad de su comandante Luis Alfredo Acosta– noté cierta tensión en el rostro de los encargados de garantizar la seguridad propia y la de los visitantes. Ellos sólo cuentan con un bastón de madera, adornado con anillos y tejidos inspirados en el arco iris, y con su coraje para enfrentar a los grupos alzados en armas que siempre han querido apropiarse de sus dominios. Mientras ellos se ocupaban de detectar cualquier peligro, los pasajeros tratamos de superar el miedo que nos producía la sensación de que en cualquier momento la chiva podría irse a botes por la espiral de abismos de cientos de metros que bordean la carretera.

Me sentí a bordo de una nave única en travesía hacia el centro de la tierra. No al submundo fantástico que imaginó Julio Verne sino al que soñó para estas montañas ariscas el padre Álvaro Ulcué Chocué, asesinado en 1984 por sicarios de terratenientes que buscaban, con su muerte, frenar el proceso de recuperación de las fincas que pertenecían a los indígenas.

Era el sacerdote indígena de Toribío, un pueblo que está a dos horas de camino y después de haberse bebido una botella de aguardiente para disminuir el vértigo que producen los abismos. Quien nos recibió en la plaza principal fue Ezequiel Vitonás, alma de esta historia y en ese entonces alcalde local saliente. Había coordinado el Proyecto Nasa durante los años noventa, se encontraba amenazado de muerte por la guerrilla y aún así no dejaba, y todavía no deja, de sonreír y de enfrentar el miedo con buenos chistes. El Premio Nacional de Paz ya se había convertido en el escudo de protección que necesitaban los paeces para seguir en el empeño de construir su propio tejido social.

Según me contó por esos días la ex canciller María Emma Mejía, fue por cuenta del Premio que su amigo, el famoso juez español Baltasar Garzón, gestor de la Fundación por los Pueblos Indígenas, se interesó en Colombia para conocer este laboratorio de paz y desarrollo. Hice mi segundo viaje al mundo Nasa en junio de 2001,

junto al superjuez y a la ex canciller. Aquella vez la primera parada antes de subir a Toribío fue en la vereda La María, en Piendamó, lugar sagrado donde los paeces se reúnen en asamblea general para moldear su “plan de vida”.

Garzón dedicó un día completo a escuchar las denuncias de los indígenas sobre los atropellos de la guerrilla, los paramilitares y las Fuerzas Armadas. Lo impactó el relato de los sobrevivientes de matanzas como la del Alto Naya, donde un centenar de personas fueron asesinadas por los paramilitares, y la de El Nilo, donde 20 paeces más fueron sacrificados por narcotraficantes que les querían arrebatarse una finca.

Ese día Garzón fue nombrado embajador internacional de los indígenas colombianos y los paeces le entregaron expedientes judiciales completos para que desde su posición de juez transnacional les ayudara a que se haga justicia por los crímenes en su contra. Él les dijo que lo que les había sucedido “es más grave que las caravanas de la muerte del dictador chileno Augusto Pinochet” y aunque les advirtió que él no tiene competencia para investigar estos casos, se comprometió a ponerlos en conocimiento de la Corte Penal Internacional, que, desde finales de 2009, ya puede asumir los crímenes de guerra que se cometen en Colombia, si es que estos quedan en la impunidad.

El recuerdo de estas visitas se hace más perdurable cada vez porque este año, 2009, después de centenares de muertos en medio del fuego cruzado, volví a encontrar a los paeces o nasas con la misma coherencia social y política. De nuevo en minga comunitaria en Piendamó, en torno a una olla gigante de delicioso mote, esta vez actualizando el expediente de sus desventuras para entregárselo al relator de las Naciones Unidas (ONU) James Anaya quien, como Garzón, vino a escucharlos y comprobó que la situación de seguridad sigue siendo “crítica” porque los actores de la guerra se niegan a entender y respetar su neutralidad.

## INDÍGENAS DEL SIGLO XXI

Mayo de 2009: mi cuarto viaje al centro de la tierra Nasa lo coordino con las mujeres paeces, quienes en forma creciente asumen tantas responsabilidades como los hombres y me parecen, incluso, más eficientes a nivel administrativo. Vilma Almendra y Dora Salas me pusieron en contacto con la moderna organización comunitaria en que se han convertido con el paso de los años. Llego a Santander de Quilichao, a la sede de *Radio Pa'yumat*, donde encuentro a un grupo de jóvenes concentrados en afinar los últimos detalles para salir al aire enlazados –desde la Cordillera Central– con emisoras de Estados Unidos y Europa. Un bastón refrescado en las aguas sagradas de las nieves perpetuas hace de corazón de un mapa titulado Pueblos Indígenas de Colombia por la Paz.

La casa sede es la misma; la actitud perseverante y las herramientas, renovadas. Ahora veo a los paeces hablando por teléfono celular y planeando actividades con la ayuda de computadores portátiles. Hasta hace pocos años preferían comunicarse voz a voz y confiarle todas las actividades al lápiz, al papel y a la memoria profunda que heredaron de sus antepasados.

Me reencuentro con el eterno optimista Ezequiel Vitonás, más gordo, con 49 años y todavía como una de las cabezas del Proyecto Nasa, que ya no debería llamarse proyecto porque es palpable. Lo acompañé durante un día de trabajo y puedo dar fe de que el sueño de Álvaro Ulcué Chocué es una realidad en expansión. A diferencia de los encuentros anteriores, esta vez Ezequiel está dedicado al seguimiento de hechos cumplidos. Le da total crédito a la visibilidad y el respeto que ganaron con el Premio Nacional de Paz: —Aparte de protegernos ayudó a incidir en nuestra gente para que creyera en que podíamos consolidar el proyecto.

Le pregunto cómo ha logrado mantenerse como líder durante los últimos 20 años. Responde que dedicándose a trabajar por la comunidad. Que tal vez por eso no tiene tierras propias pero sí el respaldo de sus hermanos de sangre. No se queja. Celebra porque nunca le ha faltado nada para sacar adelante a sus 13 hijos. Sonríe y advierte que todo es fruto de la constancia del trabajo en equipo.

Le averiguo cómo ha evolucionado su situación de seguridad. Se asombra de estar vivo luego de superar tantas dificultades en medio de la guerra.

Cuando lo conocí en Toribío estaba amenazado de muerte por la guerrilla de las Farc, el mismo grupo armado que acaba de asesinar al dirigente paez Marino Mestizo, quien investigaba el secuestro de siete funcionarios de la Alcaldía de Jambaló. Las presiones de los violentos todavía acechan. En la actualidad hay 32 líderes como él para los que la Organización de Estados Americanos (OEA) reclama medidas cautelares permanentes a fin de que el Estado proteja su vida.

—Yo no sé cómo no estamos muertos a pesar de tanta acción humanitaria que hemos hecho —destaca al recordar las mingas comunitarias con las que se expulsó, una y otra vez, a guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes de la región. A los grupos armados se les obligó a devolver secuestrados, a respetar a la población indígena, a no reclutarla ni a violar sus derechos. Pero este tipo de cruzadas, “*kwe’sx txiwe nwe’way*” (que quiere decir “en defensa de nuestro territorio”), siguen en pie porque los bandos insisten en invadir sus tierras o en ocupar sus parcelas en busca de trincheras.

## LA RESISTENCIA SIGUE EN PIE

Durante mi visita, Ezequiel y su equipo trabajaban en la organización de una travesía hasta el Alto Naya donde los paramilitares asesinaron en 2001 a un centenar de indígenas e insisten en amedrentar a los sobrevivientes. También estaban planeando mingas para dismantelar las trincheras que el Ejército Nacional insiste en montar en zonas sagradas, que son para realizar rituales de respeto a la madre tierra.

Otras de estas mingas actúan como brigadas para desactivar minas antipersonal que los guerrilleros de las Farc dejan sembradas en los caminos para evadir a las tropas del gobierno. También dejan señales en casas, escuelas y puestos de salud que las identifican como zonas protegidas por el Derecho Internacional Humanitario. A pesar de todo, como dice Ezequiel: —es mucho el respeto que hemos ganado

a través de la guardia indígena, hasta el punto que en la última toma guerrillera a Toribío, en 2005, fuimos nosotros los que rescatamos en medio de la balacera a civiles, policías y guerrilleros heridos.

Él y su gente se sienten más protegidos pero no menos vulnerables. Ya no dependen solamente del sonido de alerta de los cuernos que retumban por todo el Cauca, ni del lenguaje de los tambores, sino de una red que incluye a la Cruz Roja y a organizaciones internacionales de derechos humanos que, en cuestión de minutos, ponen sobre aviso a las autoridades de cualquier peligro en el que se encuentre la comunidad. Aunque el gobierno nacional les dio a los líderes como Ezequiel teléfonos celulares azules para que pidan auxilio a una línea de emergencia de la Policía, ellos prefieren sus nuevos radios de intercomunicación y el apoyo inicial de las entidades neutrales.

Estas redes de apoyo les permiten, cuando se producen ataques a las comunidades afectadas, movilizarse sin alejarse del norte del Cauca, lo que ha convertido a la región de los Nasa en la de menor desplazamiento forzado del departamento. En ocasiones se ven obligados a hacer desplazamientos internos, pero cuando regresa la calma recuperan en minga los sectores afectados. Ezequiel Vitonás insiste en que la seguridad es vital pero no la única cara que identifica al Proyecto Nasa pues su prioridad es el desarrollo integral de las 110 mil personas de 19 cabildos y ocho municipios que lo integran bajo el lema: “Gente consciente, educada, organizada y unida”.

## LA TIERRA, EL ETERNO PROBLEMA

Para los Nasa la recuperación de la tierra que les fue expropiada a los terratenientes es prioritaria. Muy a pesar de que la Constitución de 1991 les devolvió ese derecho ancestral, el gobierno nacional todavía no les ha cumplido con los presupuestos ni con la compra de la totalidad de los lotes previstos.

El mismo año que se firmó la Constitución ocurrió la matanza de El Nilo, en la que murieron veinte indígenas. El Estado colombiano fue condenado por esta masacre en la Corte Interamericana de Derechos Humanos, que ordenó que los indígenas del norte del Cauca fueran indemnizados. Sin embargo, 18 años después siguen

luchando para que cada gobierno de turno cumpla con el cronograma de asignación de tierras que ordenó la sentencia.

El último incumplimiento ocurrió en 2005, por parte del gobierno de Álvaro Uribe, que debía comprar 15.663 hectáreas para los Nasa y de las cuales aún les debe 2.300. Lo que más indigna a los paeces es que el acta de compromiso fue firmada por el ex ministro del Interior y de Justicia, Sabas Pretelt, durante un acto en la finca La Emperatriz, el lugar donde, según paramilitares, se planeó la masacre.

Ante la ineficiencia política optaron por la vía judicial y le pidieron a la Fiscalía General de la Nación la expropiación del predio. Pero esto tampoco ha sido posible.

Por eso los Nasa a veces bajan en minga y cortan la caña que los terratenientes siembran en ese lugar y que debería estar en sus manos. Ezequiel denuncia: —No nos han cumplido con las tierras, ni con la indemnización plena para nuestro plan de vida y mucho menos con justicia en el proceso penal porque los acusados o no fueron condenados o se escaparon de la cárcel.

El 8 de marzo de 2008 la entonces viceministra del Interior, María Isabel Nieto, estuvo en el corregimiento de Huellas y allí volvió a comprometerse como gobierno no sólo en materia de tierras sino en el mejoramiento de la asistencia en salud, educación y producción económica. Tampoco cumplió. Así lo denuncia el Acuerdo de Cooperación 2008-2009 entre el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), donde aparece otra perla: sólo el 40 por ciento de las tierras recibidas por los Nasa entre 1991 y 2005 son aptas para la producción agrícola. El 60 por ciento restante son “áreas con fuertes pendientes, sitios sagrados y zonas erosionadas”. La ONU dice en dicho documento que acompañará a los indígenas hasta que les cumplan.

Según Ezequiel, el incumplimiento sistemático de los deberes del Estado no ha sido sólo obra de los funcionarios de turno sino de dirigentes políticos regionales que, como Juan José Chaux, se han empeñado en que a los indígenas del Cauca no se les entregue ni una hectárea más de tierra. Algo similar a lo que dijo el ex ministro de Agricultura Andrés Felipe Arias, en reacción a las marchas de las comunidades del Cauca.

Chaux está acusado por la justicia de tener vínculos con grupos paramilitares de la región que, en asocio con grandes narcotraficantes, se han dedicado a robarles la tierra a las comunidades rurales más indefensas.

—Ese señor no logró acabarnos —dice Ezequiel Vitonás— a pesar de que fue el encargado de pelear para que nadie le vendiera tierra al gobierno con destino a nosotros. Es que ni a los neoliberales ni a los terratenientes les interesa que existan procesos de propiedad colectiva como el nuestro.

## DESARROLLO INTEGRAL

Con la tierra los Nasa pueden poner en marcha lo que ellos llaman su plan de vida bajo el precepto de “un crecimiento en todas dimensiones de vida, siempre en equilibrio y respeto hacia la madre tierra”. Los proyectos comunitarios se han multiplicado. Ahora están consolidados cinco más: Proyecto Global, en Jambaló; Unidad Paz, en Miranda y Corinto; Proyecto Integral, en Caloto; Yaluch o hijo del agua, en Santander de Quilichao, y Satu Frinxi Kiwe, en Buenos Aires y Suárez.

Ezequiel explica que en todos “la dinámica es la misma que consolidó el Nasa: transformar a los dirigentes locales en líderes y que el cambio se produzca a partir del mandato y las necesidades de cada comunidad, planteadas siempre en asamblea”. Y cuando los dirigentes no cumplen lo acordado es el mismo pueblo el que los somete a juicio, les quita el poder y los futea delante de sus electores. No solo las autoridades nacionales sino en especial ellos están obligados a cumplir “las leyes del centro de la tierra”, dictadas a los caciques históricos nacidos del agua como Juan Tama.

De las cosas que más impresionan de este pueblo es su capacidad comunitaria. Nunca falta una olla con alimento para todos. Sus parcelas tienen dos niveles de producción, uno familiar para que en ninguna casa falte la comida y otro agroindustrial del que se benefician todos los miembros. La primera vez que conviví con ellos, el trabajo se concentraba en una gran finca en Toribío. Ahora las granjas integrales se han multiplicado, generando proyectos

asociativos, desde tiendas en veredas hasta empresas ganaderas y de producción de frutas y verduras.

Hay que ver cómo pasaron de una concepción campesina a una empresarial globalizada sin atentar contra los principios que rigen la convivencia y la supervivencia Nasa. Me muestran orgullosos, con razón, las truchas marca Juan Tama, los jugos *Sifinze* –que ellos llaman agüita refrescante–, los mármoles extraídos de las minas La Manuela, el yogur y el queso que producen en Lácteos San Luis. Lograron la autonomía alimentaria que a comienzos de los años noventa era casi una utopía.

Los controles que rigen estas empresas son los mismos que regulan a las comunidades: las cuentas claras se entregan en las asambleas comunales. Los planes de producción los elaboran nasas que aprendieron de sus padres, abuelos y maestros; ahora respaldados por nasas ya formados en ciencias agrícolas o ingenierías.

## LOS NUEVOS EJEMPLOS

Para verificar el poder amplificador del “laboratorio social” en que se convirtió el Proyecto Nasa, según la Unesco, visité el Sat’u Frinxi Kiwe, que significa territorio escrito por los caciques, que está entre los municipios de Buenos Aires y Suárez. Su coordinador es Andrés Fernando Muelas, de 27 años, quien ya es considerado un referente del Nasa del siglo XXI. El proyecto surgió en 2003 para llevar el desarrollo a los pobladores de los corregimientos Las Delicias, Concepción y Guadualito, una zona sagrada porque guarda las piedras en las que los antepasados de los paeces dejaron escritas las “leyes del centro de la tierra”. Son grandes rocas marcadas por jeroglíficos fosilizados en los que se advierten caracoles, espirales, escorpiones y símbolos de su propia cosmovisión.

Este joven bachiller, que luce un collar de chaquiras en forma de rombo y con los colores del arco iris, explica al detalle el proceso económico, educativo, de salud, agrícola y medioambiental del que depende la vida de 4.000 personas. Su principal preocupación, además de mantenerlos a salvo de los actores armados, es meter en cintura a los explotadores de oro, así como cultivar las buenas rela-

ciones con la población negra y mestiza. Él es un líder cuyo trabajo es “hacer cumplir la ley de origen de los dioses *Nhej* que regulan la naturaleza y descifran hasta los truenos”.

En una mañana pasa revista a todos los frentes de trabajo terrenal, desde el cultivo de cilantro hasta la evaluación de los profesores de las escuelas. En la tarde se concentra en la planeación de actividades trascendentales para el espíritu. Una de ellas es el ritual del *Sakhelu*, una ofrenda de semillas que se le hace en agosto a las fuerzas de la naturaleza, para que la siembra de septiembre sea buena. Todo culmina con un ritual en torno a un árbol de cedro de 20 metros de alto, escogido por el médico tradicional, alrededor del cual todos bailan y toman chicha.

Luego viene la preparación del *Cxapuxs*, una ceremonia que se realiza todos los noviembre para recordar a las personas muertas. Ese día se prepara el mejor y más abundante mote del año para que las ánimas lleguen a comer y hagan su tránsito a mártires. Como Álvaro Ulcué Chocué, el Nasa que visualizó este nuevo mundo para los paeces.

## SIN EDUCACIÓN NO HAY NADA

Otra clave para que todo este proceso funcione y mantenga su viaje a través del tiempo, es el plan de etnoeducación, que busca que los Nasa se formen a nivel básico y superior en su tierra y con base en el saber ancestral. Crearán antes de cinco años la Universidad Indígena, cuyos programas estarán basados en investigación-acción. Es decir que cada proyecto académico se llevará a la práctica de manera simultánea, en su medio ambiente.

La elaboración de los textos guía de la cosmovisión Nasa se hará bajo la coordinación de Ezequiel Vitonás, desde la Casa del Pensamiento, localizada en la hacienda Chorrillo, en el corregimiento Huellas de Caloto. —Los paeces nos liberamos también de la esclavitud de la ignorancia, —asegura el líder indígena.

Si a comienzos de los años setenta el porcentaje de analfabetismo de estas comunidades superaba el 90 por ciento, y el fantasma de la desnutrición los rondaba, ahora una generación de Nasas pro-

fesionales tendrá la responsabilidad de consolidar su nación para el nuevo siglo. Están formando a sus propios profesores de Economía, Administración de empresas, Agroindustria y Antropología social en convenio con la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Ezequiel me aclara: —A diferencia de lo que pasa en el resto del país, aquí los títulos no importan tanto a nivel individual sino en la medida en que sirvan para mejorar el nivel de vida de la comunidad.

Es así como conciben también el hecho de que los líderes Nasa asuman cargos políticos por elección o nombramiento. Es el caso de Jesús Piñacué, símbolo de la primera generación de indígenas egresados de las universidades y dedicados a defender los derechos básicos de sus hermanos, quien ha estado por más de 15 años en el Congreso, y quien, a pesar de su destacada labor, se hizo merecedor en una ocasión de un castigo con fuste por hacer alianzas políticas que no convencieron a su pueblo.

Vitonás, al igual que Piñacué en su momento, se convirtió en “la mirada, el corazón y la mente” de los saberes ancestrales y modernos de los Nasa. No sólo fue el coordinador del Proyecto Nasa entre 1990 y 1998 sino que se destacó como concejal y alcalde. Por esta razón lo designaron como encargado de las relaciones internacionales de los Nasa en 2001. En ese cargo ha recorrido buena parte de América y Europa, dando a conocer la filosofía que heredó de la tradición oral de sus antepasados.

## DERECHO PROPIO

Otra tarea ardua para los Nasa ha sido la elaboración de su propio sistema de justicia en el marco de la Constitución de 1991. El país ha sido testigo de los juicios públicos que las autoridades indígenas les hacen a los miembros de sus comunidades cuando cometen algún delito. Se trata de un sistema oral, respaldado por la decisión de las asambleas que condenan a fuste, cepo o trabajos forzados a los infractores, bajo el precepto de que es preferible concientizar a quien viola las normas y reinsertarlo de inmediato a la sociedad antes que enviarlo a una cárcel. —Para nosotros lo primero es el remedio espiritual, no la cárcel o el fusilamiento —dicen.

En la misma forma se juzga a guerrilleros, narcotraficantes, militares y todo aquel que quiere violar el ordenamiento legal de sus pueblos, algo que la justicia ordinaria todavía se resiste a entender a plenitud. En muchos casos la Fiscalía se ha negado a entregarle personas que por su origen indígena deben ser juzgadas por sus comunidades y no por jueces civiles.

Dos décadas después de expedida la Constitución, el Consejo Superior de la Judicatura dice estar trabajando en las normas que deben regular la relación entre las leyes de la tierra de los Nasa y la de los mestizos que vivimos a ese lado del planeta.

Conmueve asistir a una audiencia Nasa en la que se aprueba la gestión de un dirigente dándole un banano, o se desaprueba con un limón o una naranja ácida. Los mayores –reconocidos por la Unesco como maestros de sabiduría– no miran a los inculpados. Miran al piso para percibir sus pulsaciones y la sinceridad de su defensa. Sólo entonces saben si debe ser castigado o simplemente refrescado con algunas de las plantas sagradas. —Esto no se encuentra en los libros, eso sólo se aprende aquí, viviendo nuestras costumbres, conversando como nos gusta, viendo que un mundo en comunión de paz sí es un mundo posible —me insiste Ezequiel cuando estamos a punto de despedirnos.

Le recuerdo que en 2001 el juez Baltasar Garzón se sumió en un profundo silencio, asombrado al ver la eficacia de los procesos orales de los Nasa, comparados con los extensos sumarios que él maneja. Quedó tan afectado que durante su segunda noche en Toribío se reunió en privado con los consejeros paeces y con los sacerdotes italianos de La Consolata para pedirles un consejo definitivo sobre su vida: ¿debía continuar trabajando como juez en España o dedicarse de lleno a ayudar a los indígenas? La decisión fue salomónica. Desde entonces no descuida la Audiencia Nacional de España ni a los paeces, a quienes asesora en la creación de la llamada Escuela de Derecho Propio, que recogerá toda la historia de la justicia indígena y de la injusticia de la que siguen siendo víctimas.